

ECONOMÍA Y LITERATURA

Luis Perdices de Blas (coord.), Manuel Santos Redondo (coord.)

Ecobook-Editorial del Economista, Madrid

660 pp.

39 euros

---

## **La literatura y la ley de Gresham**

Valentí Puig  
1 enero, 2008

La literatura pasa periódicamente por largas temporadas de rebajas en las que, como dice la ley de Gresham sobre la circulación monetaria, la moneda mala desplaza a la buena. Cada generación literaria pretende imponer su canon, su patrón-oro, pero ineludiblemente va a producirse en uno o u otro momento una preferencia por la moneda más débil, sea el realismo social, el realismo mágico o las novelas templarias. Como observó Thomas Gresham en tiempos isabelinos, entre dos monedas

con el mismo valor nominal pero hechas de metales de valor desigual, el metal más barato saca de circulación al otro. Por eso es bueno que las miradas sobre la literatura no sean corporativistas. Por ejemplo: que los economistas lean novelas. *Economía y literatura* es un volumen de un muy saludable grosor gracias a una ilimitada bulimia del saber, un saber que si trata de lo que trata es por ser desinteresado, benéfico, aleccionador y divertido. Keynes leyendo a H. G. Wells es el primer parangón que citan Manuel Santos Redondo y José Luis Ramos Gorostiza, concluyendo que siempre somos esclavos de algún economista difunto.

Aparecen, en Cervantes, la figura del arbitrista (Perdices de Blas y John Reeder); Shylock según Carlos Rodríguez Braun; «Oliver Twist» (Pedro Schwartz); las quiebras balzaquianas (Francisco Cabrillo); Clarín (Santos Redondo y Sánchez Hormigo); la buena moneda según Pla (Luis Linde); el Azorín económico (Velarde Fuentes). *Economía y literatura* se origina en un ciclo de conferencias del Instituto de España y el Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid. El resultado era inevitable, en la medida en que la literatura es una crítica de la vida y en la vasta medida en que los usos económicos son pura vitalidad.

Algunos escritores han sucumbido a una obsesión económica lindante con el delirio: la usura, en el caso de Ezra Pound. En ocasiones, la teoría domina la ficción, pero hasta el extremo paradójico de que esa obra literaria puede ser leída al margen de su tesis económica: es el curioso caso –citado en *Economía y literatura*– de *El mago de Oz* como apología del bimetalismo. Las tesis agraristas convirtieron las novelas del olvidado Louis Bromfield en un *best seller*. También en Estados Unidos, el ardor capitalista de Ayn Rand hizo de la autora de *El manantial* una especie de profeta. Casi siempre lo que en verdad ilustra es la experiencia directa, como fue el caso de Dickens, hijo de padre endeudado. La economía es parte constitutiva de impulsos tan fundamentales como el deseo, la ambición, la codicia –claro–, también el afán por legar algo a tus hijos, la autoestima, el reconocimiento público, la corrupción, el egoísmo y a la vez el altruismo. Establece el correlato insustituible entre propiedad y libertad. Contribuye al lujo y a la miseria, al bienestar y a la bancarrota. Origina el desfalco, la devaluación, las edades de oro, el esnobismo, la ruina y la superfluidad, la alquimia del avaro, las nuevas fortunas que matrimonian con los viejos linajes. Impulsa la épica de las grandes conquistas y exploraciones, el trazo de rutas y líneas férreas cruzando continentes, el riesgo fáustico de la inversión en pos de la desmesura de una ambición constructora, la epopeya de la lucha del hombre contra la naturaleza.

Prosiguen las páginas de *Economía y literatura* con Echeagaray y la gestión económica (Jordi Pascual), la novela económica de Harriet Martineau (Elena Gallego), el periodismo económico de Maeztu (Jesús M. Zarategui), Pessoa (Gorostiza y Santos Redondo), Borges (Estrella Trincado); el París de Zola (María Blanco González). La ostentación y el mal gusto del nuevo rico aparecen ya en el *Satiricón*. En el mejor de los casos, la quiebra de un perfumista parisino involucra una fuerza moral capaz de resistirse a la indignidad. En su *Fábulas de las abejas*, Mandeville deduce que las virtudes públicas se sustentan en los vicios privados.

Al desaparecer la realidad económica de las novelas simbolistas o experimentales, el uso del dinero a efectos de conflicto o tragedia se recluye durante unas décadas en la novela policíaca. Sin lujo ni vanidad, inspirada en el desprecio de los placeres mundanos, la sociedad se convertirá –dice un costumbrista burgués como Mesonero– en un cuerpo raquítico y apocado. Existe, en definitiva, una

suerte de abismo entre las motivaciones de los seres humanos y el efecto real de sus acciones, como reflejan no pocas aportaciones de *Economía y literatura*. Eso es algo que los economistas saben desde hace mucho tiempo, pero las primeras descripciones no conceptuales, encarnadas por personajes concretos, están en las novelas.

Además la literatura enseña cómo los seres humanos gastaban dinero en las épocas más dispares. Hoy, por ejemplo, es muy difícil para el novelista describir en sus personajes lo que llamamos el «consumidor voluble, fragmentado, desregulado». ¿Gastaba de forma distinta Madame Bovary al ir arruinando a su esposo Charles? ¿Derrochan las señoritas Prozac como derrochaba Beckie Sharp en la *Feria de las vanidades*? En *Orgullo y prejuicio* de lo que se trata es de casarse con un hombre rico. Con *El gran Gatsby* nos preguntamos si el dinero lo puede todo. Fue muy saludable, por ejemplo, que Tom Wolfe, reintrodujera la pasión por poseer y el interés económico como impulsos de la vida después de una larga temporada de novelas con personajes dedicados a la percepción psicotrópica y ajenos a las oscilaciones del Nasdaq.

Citado muy oportunamente en *Economía y literatura*, Cadalso dice: «No hay país que no tenga alguno o algunos frutos capaces de adelantamiento y alteración. De estas modificaciones nace la variedad, con ésta se convida la vanidad, ésta fomenta la industria, y de ésta resúltale lujo ventajoso al pueblo, pues logra su verdadero objeto, que es que el dinero físico de los ricos y poderosos no se estanquen en sus cofres, sino que se derrame entre los artesanos y pobres». Eso es lo que en sus mejores momentos mantienen en común la literatura y el saber económico. Es decir, una acertada observación de la naturaleza humana.